

# LA NOCIÓN DE “OBRA VIRTUAL” Y LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO. A PROPÓSITO DE *LE MOMENT GUIZOT*

Darío Roldán<sup>1</sup>

## Resumen

El presente artículo analiza la noción de “obra virtual” acuñada por Pierre Rosanvallon en *Le moment Guizot*. Con ese objetivo principal, se revisan en estas páginas las principales líneas de renovación de historia política, de pensamiento político y, en general, de historiografía francesa. En el recorrido propuesto, el contexto político francés asume una presencia notable, dado que se explican giros ideológicos y propuestas historiográficas atendiendo de los escenarios políticos de las últimas décadas. De este modo, contexto intelectual, climas políticos y renovaciones historiográficas son puestas en diálogo para circunscribir el contexto de acuñación de la noción de “obra virtual”. Ésta noción, por su parte, es analizada a la luz de las preguntas sobre “vida y obra” surgidas de las renovaciones en el campo de la biografía de las últimas décadas.

## Palabras clave:

“Obra virtual”, Pierre Rosanvallon, biografía, historia del pensamiento político, historiografía francesa

## Abstract

The article analyses the notion of “virtual work” signed by Pierre Rosanvallon at *Le moment Guizot*. From that objective, the article reviews the major lines of renewal in political history, the political thought, and, in general, French historiography. In such inquiry, the ideological turns and the historiographical proposals are interpreted attending the French political context of the last decades. So, intellectual context, political climates and historiographical renewals are brought into dialogue with the objective of circumscribe the appearance context of the notion of “virtual work”. At the same time, this notion is analyzed from the questions about “life and work” arising on the renewals in the field of Biography of the last decades.

## Keywords:

“Virtual Work”, Pierre Rosanvallon, Biography, History of Political Thought, French Historiography.

**Recibido:** 30-03-2011

**Aprobado:** 12-09-2011

---

<sup>1</sup> Universidad Torcuato Di Tella/CONICET, Miñones 2177, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. E-mail: droldan@utdt.edu

## Introducción

En el marco de la reformulación y revisión de algunos principios que ordenaron la producción historiográfica en el siglo XX, desde hace algunos años renació el interés por los estudios biográficos. Con ellos, no obstante, se hizo presente un conjunto de interrogantes relacionado con el valor de la atención prestada a “personajes” como modo de comprender el pasado, con su eventual “representatividad”, y sobre otros temas vinculados.

Muchas razones contribuyeron a ordenar este renovado interés. Aquí se exploran rápidamente algunas de ellas pero en relación con un aspecto específico. En efecto, en estas líneas, me concentraré en la noción de “obra virtual” y en un libro fundamental en la producción historiográfica francesa relacionada con la historia del pensamiento político: *Le Moment Guizot*, de Pierre Rosanvallon.<sup>3</sup>

No es que, en ese texto, Rosanvallon opere un retorno a lo biográfico aunque, como es evidente desde el título, el libro está dedicado a una persona; tampoco enuncia allí una línea de investigación pionera aunque, como se sabe, el estudio sobre Guizot está en el origen de la reflexión historiográfica que condujo a Rosanvallon a comenzar a trabajar poco tiempo después de la publicación del libro en la noción de “historia conceptual de lo político”.<sup>4</sup> No obstante, en ese libro (muy escasamente difundido fuera del círculo de especialistas en la historia política de la primera mitad del siglo XIX) Rosanvallon introduce la noción de “obra virtual” para calificar un intento novedoso y pionero de superar las aporías y dificultades de lo que, en términos tradicionales, hubiera debido ser llamado una historia del pensamiento político doctrinario. Esa superación partió de una reflexión acerca de la obra de una persona. No es una biografía, como se señaló, pero si tiene un interés en un trabajo inscripto en reflexionar sobre la cuestión de la biografía, es, precisamente, porque también se construye un argumento a partir de la obra de una persona. Buscaré mostrar, además, que, a pesar de que el mismo Rosanvallon inscribe su trabajo en el surco abierto por la escuela de Cambridge (evidente ya desde el título de su trabajo que hace espejo con *The Machiavellian Moment* de J. Poccock) existe una serie de indicios que revela bien hasta qué punto esos principios no eran ya, en el momento de escribir el libro sobre Guizot, suficientes para el enfoque que Rosanvallon quería construir y que, por lo tanto, la noción de “obra virtual” sólo guarda algunos puntos de contacto con la escuela de Cambridge.

De todos modos, el interés mayor que presenta la indagación acerca de la noción de “obra virtual” no es su vínculo con la historiografía inglesa, ni la comparación con ella, ni tampoco los aspectos que hacen que ambas tradiciones se separen. Ese interés tiene dos vertientes: en primer lugar, las torsiones que Rosanvallon introduce en el trabajo realizado a partir de la obra de un autor para dar cuenta de la reflexión política de un período y, en segundo lugar, las derivaciones que se pueden colegir de la noción misma de “obra virtual”, y la enorme potencialidad aún cuando ella sólo sea evidente en algunas circunstancias específicas.

De todas formas, la comprensión adecuada de la emergencia de este intento no puede agotarse en el solo comentario de *Le Moment Guizot*. Buena parte de sus fundamentos y, sobre todo, algunos de sus principios fundadores requieren un examen que se despliega en tres registros: la contextualización política de la que surge la investigación, el interés por la primera mitad del siglo XIX (que explica buena parte del interés por la figura de François Guizot), y la renovación de la historia política que constituye el marco en el que reverdece el interés por la historia del pensamiento político y, más adelante –como es evidente–, en relación con las preguntas e interrogantes que plantea el vínculo entre la historia del pensamiento político y la biografía.

## El contexto político

<sup>3</sup> Pierre Rosanvallon, *Le Moment Guizot*, Paris, Gallimard, 1985. En adelante, todas las traducciones me pertenecen.

<sup>4</sup> Véanse Pierre Rosanvallon, *Pour une histoire conceptuelle du politique*, Paris, Seuil, 2003.

La investigación de la que surge *Le Moment Guizot* encuentra a Pierre Rosanvallon como miembro informal de un grupo de investigación nucleado en torno de François Furet y Claude Lefort. De hecho, *Le Moment Guizot* es el libro que resultó de la tesis de doctorado que Rosanvallon defendió en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, y fue dirigida por Claude Lefort. Ese grupo, de cuya consistencia y formación me ocuparé enseguida, compartía, además de un conjunto de preocupaciones por el pasado, una diagnóstico sobre la evolución de las instituciones de la V República. Ese diagnóstico es parte indisoluble de sus intereses académicos.

El grupo puso en marcha una especie de programa de investigación –que Rosanvallon llamará *classes de rattrapage*- en un momento esencial en la evolución de la V República, caracterizado por el crepúsculo del gaullismo y del comunismo.<sup>5</sup> Las instituciones básicas de la V República –el sistema de doble vuelta y la elección presidencial por sufragio universal- debían tender a instalar el bipartidismo. El acuerdo tácito por el que el gaullismo organizaba la derecha y el centro, y el Partido Comunista (PC) controlaba la izquierda se quebró en beneficio de la “República del Centro”. Junto con esa inesperada evolución, irrumpió una patología democrática a la derecha (el Frente Nacional) y el triunfo del Partido Socialista como líder de la izquierda beneficiándose del impacto negativo que la situación internacional había provocado en el PC, de la captación de las adhesiones femeninas y de la desaparición del vínculo entre práctica religiosa y voto de derecha. Con los años, el sistema acentuó una suerte de presidencialización de las instituciones y la y se introdujo una suerte de bipartidismo pero dentro del esquema parlamentario a través de la cohabitación.

François Furet interpreta ese momento como “el fin de la excepcionalidad francesa” cuya nota central es la irrupción de un gran centro que convive con un PC “custodio de de la democracia revolucionaria” del pasado y con un Frente Nacional, patología moderna inédita de la democracia francesa. Constitucional en Estados Unidos y revolucionaria en Francia, la democracia había terminado por domesticar el formidable poder de la voluntad popular y hacer de Francia un país “como los otros”: la utopía revolucionaria había quedado atrás. El fin de la revolución que acompañó la certeza de la desaparición de la superación socialista es el contexto político en el que la interrogación acerca de la democracia se reformula en la certeza de que la historia de la Revolución cerró un capítulo definitivo con el enterramiento de la idea revolucionaria en el altar del consenso. *El pasado de una ilusión*,<sup>6</sup> que Furet publicó en 1995 y la trilogía acerca de la democracia (la historia del sufragio, de la representación y de la soberanía) que publicó Rosanvallon en los años ’90 dan cuenta de esta modificación.<sup>7</sup>

El fin de la excepcionalidad francesa y la evidencia de la inminente implosión de la experiencia comunista constituyó el marco político en el que se abrió, entre otros muchos procesos, una nueva interrogación de los autores clásicos del siglo XIX, como si la desaparición de las alternativas que el siglo XX había opuesto a la democracia requiriera proceder a una suerte de genealogía de la democracia.

Dos artículos escritos por Furet en esos años bastan para revelar el vínculo entre el contexto político y la renovación historiográfica: “Le XIX siècle et l’intelligence du politique” (“El siglo XIX y la inteligencia de lo político”)<sup>8</sup> y “1789-1917: Aller et retour” (“1789-1917: Ida y vuelta”).<sup>9</sup> En el

<sup>5</sup> Para esta rápida reconstrucción del conflicto político esencial de la V República, me baso en los testimonios que F. Furet, P. Rosanvallon y J. Julliard han ofrecido en **La République du Centre**, Paris, Hachette, 1989. Dicho de otro modo, no busco presentar una lectura de ese período sino reconstruir la forma en que el grupo al que Rosanvallon pertenecía analizaba los desafíos políticos en el momento en que Rosanvallon escribió **Le Moment Guizot**.

<sup>6</sup> François Furet, **El pasado de una ilusión**, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1995.

<sup>7</sup> Pierre Rosanvallon, **Le Sacre du Citoyen. Histoire du suffrage universel en France**, Paris, Gallimard, 1992; **Le Peuple**

**Introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France**, Paris, Gallimard, 1998 y **La Démocratie Inachevée. Histoire de la souveraineté du peuple en France**, Paris, Gallimard, 2000.

<sup>8</sup> François Furet, “Le XX siècle et l’intelligence du politique”, en **Le Débat**, núm° 1, 1980, pp. 120-125.

<sup>9</sup> François Furet, “1789-1917: aller et retour”, **Le Débat**, núm. 57, 1989, pp. 4-15.

primero, Furet constata el carácter incomprensible de la "demora" de la izquierda intelectual francesa en admitir la transformación de la revolución rusa en un régimen totalitario mientras, al contrario, los grandes historiadores del siglo XIX habían sido especialmente sensibles a la incógnita de las derivaciones despóticas de la pasión revolucionaria. Tocqueville había explicado por qué Bonaparte había completado la obra de la monarquía absoluta a través del estado centralizado; Quinet había intentado comprender por qué Robespierre había encarnado a Richelieu, retomando la práctica arbitraria del absolutismo. En ambos, la original preocupación por la continuidad en el marco de la ruptura revolucionaria coexiste con otra obsesión: la emergencia del despotismo en el contexto revolucionario. El artículo reúne, así, una preocupación política con una obsesión histórica y baliza un camino: el "desvío" a través de los historiadores del siglo XIX se hace imprescindible para mejor comprender el vínculo que une la revolución a las características "patológicas" de su desenvolvimiento. Reexaminar la obra de estos autores, y de tantos otros, se convertirá, a la vez, en un programa de investigación histórica y de intervención política.<sup>10</sup>

En el segundo artículo mencionado, Furet ejemplifica el vínculo entre política y renovación historiográfica. Escrito en el momento del bicentenario de la Revolución, el autor constata allí no sólo que la opinión pública se alejó de la idea revolucionaria sino que la revolución, como modalidad privilegiada del cambio, fue desplazada por el mensaje democrático que ella había contenido. El crepúsculo de la "idea revolucionaria" está, así, asociado al mismo tiempo con el triunfo de la idea democrática y al hundimiento de la experiencia comunista. La verdadera ruptura, por lo tanto, "la única fundadora del mundo moderno es 1789 y no 1917". 1917 debía haber sido la realización de 1789 demostrando que el mensaje universal de los Derechos del Hombre y la abstracción democrática eran simplemente una ilusión, el encubrimiento del privilegio y de la mentira, una ilusión burguesa. No lo fue. El hundimiento de la experiencia comunista hizo reflotar los principios de 1789, convertidos -ahora- en el futuro de 1917. "La estrella de Octubre que se apaga -concluye Furet- deja ver la de 1789 que ella había creído apagar". Invirtiendo los términos, la idea democrática, señala Furet, es el futuro de la idea socialista. Con la clausura de la posibilidad de que 1917 complete a 1789, una parte de la Historia parecía haberse cerrado. Se abría así otra en la que la democracia se encontraba frente a ella misma, es decir, frente al trabajo que el imaginario igualitario opera sobre la sociedad igualitaria. Apoyada en el fracaso de la experiencia soviética, esta inversión de la cronología histórica retoma la pregunta inicial acerca del significado de 1789, hace posible "pensar la revolución" en su sentido más profundo pero también exige visitar a los autores que, por primera vez, habían intentado conferirle inteligibilidad al proceso revolucionario.

Este contexto es el del agotamiento de las imágenes tradicionales de la democracia y, sobre todo, el del agotamiento de la superación socialista en un marco político especial: el fin de la política ordenada sobre las dos grandes fuerzas políticas que le habían conferido sino estabilidad, al menos, un cierto orden a la disputa política francesa en la inmediata postguerra. La renovación historiográfica y muchas de las sucesivas "crisis" historiográficas no son ajenas a esta recomposición del mapa político francés. La renovación de la historia política y la del pensamiento político no se relacionan esquemáticamente, sin embargo, con la república del centro pero el impulso que origina el interés por ellas sí se relaciona con el debilitamiento de algunos principios deterministas que habían organizado una parte de la exploración histórica. En *Le Moment Guizot*, Rosanvallon percibía bien esta particularidad al afirmar: "es porque sentimos bien que hemos agotado el capital de representaciones del futuro ligado a nuestra visión de la democracia que estamos invitados a interrogarla".<sup>11</sup>

## El contexto intelectual. La renovación de la historia política

<sup>10</sup> Para reforzar esta idea, basta examinar el entramado cronológico de la ya citada célebre trilogía que Rosanvallon consagra a la democracia. Puede constatar, allí, rápidamente el considerable espacio dedicado a analizar los debates del siglo XIX que contrasta con el espacio consagrado a estudiar los alcances y derivaciones de esos debates en el siglo XX.

<sup>11</sup> Pierre Rosanvallon, *Le Moment Guizot*, op. cit., p. 375.

Por sus crisis y reformulaciones, la historiografía francesa de las últimas décadas ha dado muestra de una paradójica vitalidad. En otros contextos, esta paradoja sería menos visible y podría expresar una forma de riqueza y pluralidad de perspectivas. Pero si, en el caso francés, la paradoja constituye el prisma adecuado para aproximarse a la evolución historiográfica, ello es debido a la notable fortaleza, vitalidad y estructuración que proporcionó, durante buena parte del siglo XX, la escuela de *Annales*.

Las crisis y reformulaciones aludidas se inscriben así en el surco abierto por el ya conocido “émiettement” de esa tradición que es el molde en el que se desenvuelven las múltiples vías que la historiografía francesa exploró en estos años como de la cohesión que el grupo marginal surgido en una pequeña universidad de frontera supo ofrecer para la evolución de la disciplina histórica, a pesar de los embates sucesivos de la sociología, de la antropología y de la economía.

La historiografía francesa protagonizó una serie de debates que se reflejaron en un gran número de crisis o de “tournants” que, en rigor, expresaban más una tradición que buscaba rehacer y resolver algunos problemas inherentes a lo que Furet llamó el “legado de Annales” que a una notable vitalidad. Paradójicamente, su vitalidad fue la expresión de su crisis y se reveló tanto en el “tournant critique” o el “tournant linguistique”, entre otros.<sup>12</sup>

Sea cual fuere el destino de esos giros y el porvenir que tuvo ese proceso de interrogación y eventual renovación de una vieja disciplina, lo cierto es que en los años '70 la historia política y, en especial, la historia de las ideas políticas o del pensamiento político, gozaba de un muy modesto prestigio y, sin dudas, había dejado ya hacía mucho tiempo de acaparar la atención de los historiadores. Entre los tantos ejemplos que es posible evocar, baste una breve mención a una de las tantas recopilaciones publicadas en la época: *Aujourd'hui l'histoire*.<sup>13</sup> Allí se reunieron contribuciones de más de veinte historiadores sin que la historia política o de las ideas políticas mereciera ninguna mención. Este volumen colectivo, que reunía importantes contribuciones de historiadores como Pierre Vilar, Robert Mandrou, Georges Duby, Pierre Francastel, Jacques Le Goff, Albert Soboul, entre tantos otros, recoge las transformaciones juzgadas más significativas en la producción histórica de esos años. En ella, la cuestión de las fuentes y los métodos junto con los problemas teóricos y los nuevos campos históricos alternan con los avances en la historia económica y social, la historia de las mentalidades y, probablemente debido a la presencia de algunos notorios historiadores, a los problemas de la Revolución francesa. Esta última parte está destinada a polemizar con las contribuciones de A. Cobban<sup>14</sup> y de F. Furet y D. Richet,<sup>15</sup> que habían aparecido pocos años antes. En cualquier caso, el volumen está claramente inspirado en la noción de que los avances de la historiografía están centrados en la historia económico-social y, en ese sentido, el volumen no registra ninguna intervención relativa a la historia política –menos aún a la historia del pensamiento político–, lo que, por supuesto, revela el status que se le atribuía a la disciplina a mediados de la década de 1970.<sup>16</sup>

Puede también considerarse otro ejemplo: *La Nouvelle Histoire*, volumen que forma parte de la colección *Les Encyclopédies du savoir moderne* compilado bajo la dirección de Jacques Le Goff,

<sup>12</sup> Entre una enorme bibliografía y una aún más abultada cantidad de fuentes, cfr. para este punto, Gérard Noiriel, **Sur la crise de l'Histoire**, Paris, Belin, 1996.

<sup>13</sup> AA.VV., **Aujourd'hui l'histoire**, Paris, Éditions Sociales, 1974.

<sup>14</sup> Alfred Cobban, **The social interpretation of the French Revolution**, Cambridge, Cambridge University Press-Wiles lecture, 1962.

<sup>15</sup> François Furet y Denis Richet, **La Révolution Française**, Paris, Hachette-Pluriel, 1965.

<sup>16</sup> Este es un punto que merece una pequeña discusión puesto que algunos historiadores que en el período estaban comprometidos con una historia económico-social habían dedicado algunos esfuerzos de gran significación a temas vinculados tradicionalmente con la historia política. A mi modo de ver, el caso más llamativo es el de François Furet quien, desde mediados de los años '60, había comenzado a interesarse por la historia política de la revolución francesa. Sobre esta cuestión, véase Darío Roldán, “Le XIX siècle de F. Furet et la tradition des Annales”, en **La Revue Tocqueville**, 2008, pp. 37-58.

Roger Chartier y Jacques Revel en 1978.<sup>17</sup> Aunque el volumen está compilado por algunos de los autores que habían tenido a su cargo la publicación de los tres volúmenes de *Faire l'Histoire* (sobre los que volveremos más adelante y en el que se incluye un artículo sobre los “nuevos enfoques” de la historia política), esta enciclopedia registra, bajo la entrada “Política”, tres remisiones: la primera, a la antropología política; la segunda, a la idea de Nación y la tercera a la idea de Revolución. Ninguna mención específica, entonces, ni a la eventual renovación de la historia política o a las ideas políticas. En el texto se explica que el público ya no se siente atraído por la historia de los acontecimientos o de las batallas –la perezosa, contundente y, ya para la época, *démodée* crítica tradicional a la historia política- y que esa preferencia se ha desplazado a la historia de las masas anónimas, de sus formas de trabajar, de vivir y de amar. Este punto de partida explica, entonces, el secreto de una nueva historia cuyos contenidos y renovaciones esenciales son ofrecidos en el volumen en cuestión.

Esta falta de atención contrasta evidentemente con el impulso que la historia política pero, sobre todo, la historia del pensamiento político comenzaba a adquirir en esos años en Inglaterra de la mano de lo que luego sería la Escuela de Cambridge, conducida por importantes historiadores como Quentin Skinner o John G. A. Pocock. En efecto, inscriptos en una tradición que se había constituido a partir de la publicación del *Journal of the History of Ideas*, la tradición británica siempre había mantenido un interés especial por estas cuestiones. En el surco de la renovación lingüística y, en parte, en el contexto del *linguistic turn*, Pocock había publicado en 1976 *The Machiavellian Moment*,<sup>18</sup> dedicado al estudio del pensamiento político republicano y florentino, mientras que Skinner publicó el clásico *The Foundations of Modern Political Thought* en 1978.<sup>19</sup> Estos trabajos fueron acompañados, además, por una importante reflexión teórica e historiográfica tal como lo revelan un conjunto de artículos publicados en esos años, a saber, “The History of Political Thought: A methodological Enquiry” (1962), de J. Pocock, “The Identity of the History of Ideas” (1968), de J. Dunn y “Meaning and Understanding in the History of Ideas” (1969) de Q. Skinner.<sup>20</sup>

No corresponde aquí comentar la atención prestada a estas áreas por la historiografía inglesa. No obstante, quisiera recordar algunos elementos pues éstos serán retomados, en parte y al menos durante un tiempo, por Pierre Rosanvallon, uno de los principales animadores de la renovación del interés por la historia del pensamiento político, bajo la forma de una “historia conceptual de lo político” y, aún antes de avanzar sobre lo que será el centro de su contribución, a la noción de “obra virtual”, objeto de estas notas.

Una de las primeras señales de un renovado interés por la historia política la ofreció Jacques Julliard en uno de los últimos manifiestos importantes del conjunto de la tradición de *Annales*. En el libro compilado por Jacques Le Goff y Pierre Nora, Julliard publicó, en el volumen *Nuevos enfoques*, un artículo titulado “La Política”. Allí, Julliard observa que la historia política “tenía mala prensa”. Las razones eran más o menos evidentes: la historia política había sido condenada durante más de cuarenta años como producto de la prédica de Lucien Febvre y March Bloch (lo que, sin duda, constituía una injusticia); los más innovadores jóvenes historiadores se habían mantenido alejados de ella y finalmente, la historia política había siempre mantenido un cierto perfume a Langlois-Seignobos.<sup>21</sup> El artículo, no obstante, promovió un retorno del interés por la cuestión que reflejaba un redescubrimiento temático. Dos razones se aducían para la necesidad de renovar la atención por la historia política. Primero, era imprescindible superar la lamentable confusión entre

<sup>17</sup> Jacques Le Goff, Roger Chartier et Jacques Revel, *La Nouvelle Histoire*, Paris, CEPL, 1978.

<sup>18</sup> John G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment: Florentine political thought and the Atlantic republican tradition*, Princeton University Press, 1975.

<sup>19</sup> Quentin Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.

<sup>20</sup> Skinner recopiló sus artículos metodológicos más importantes en Quentin Skinner, *Visions of Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, Vol. I, Regarding Politics.

<sup>21</sup> Jacques Julliard, “La política”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 1979, Vol. II, p. 237.

las insuficiencias de un método y los objetos a los que el mismo se aplicaba. Los hechos políticos, explicaba, no tenían necesariamente una naturaleza acontecimental que exigiera el tratamiento tradicional del que habían sido objeto. En segundo lugar, el desinterés por la historia política se había debido a la renovación más apasionante que la historia económico-social había producido junto con el privilegio de “una cierta visión marxista de las cosas (o pretendida tal) que hacía de los fenómenos de conciencia y voluntad, ante todo, fenómenos políticos, un reflejo de la acción, más fundamental, de las fuerzas económicas y sociales”<sup>22</sup> que estaba en crisis. Por último, Julliard insistía también en la percepción según la cual el “retorno” de lo político podía también ser consecuencia de un incremento del papel de la política en las sociedades modernas” sino también de la insistencia creciente por el análisis de la autonomía de lo político. Así, “el doble fenómeno del advenimiento de las masas y la programación de los grandes sectores de la actividad social nos lleva a una concepción de la política infinitamente más amplia que aquella que por lo común se admite”.<sup>23</sup>

El llamado a un interés renovado por la historia política se completaba con algunas contribuciones recientes. Por un lado, la insistencia de Paul Ricoeur en la autonomía de lo político; por el otro, la distinción que Louis Althusser había construido entre prácticas e instancias autónomas en el seno de un modo de producción, lo que restituía una cierta especificidad a la política. Julliard concluía, entonces: “henos pues lejos de una historia de batallas sin más fin que el de contar; henos incluso más allá de una historia sectorial que agota su ambición en una inteligibilidad puramente instrumental; henos, pues, en el umbral de una historia que se esfuerza por establecer relación entre fragmentos sueltos de explicación en el seno de una interpretación totalizante”.<sup>24</sup>

Este redescubrimiento de la necesidad de producir una historia política se acompañaba, por supuesto, de un interrogante acerca del significado de la “vida política”, supuesto objeto de la renovación de la disciplina. Julliard aportaba para ello una serie de principios: primero, la duración; segundo, lo cuantitativo; el estudio de la naturaleza del poder y su distribución.

Algunos años más tarde, en 1986, André Burguière publicaba, en el *Diccionario de Ciencias Históricas*, un largo artículo que daba cuenta de la antigüedad de la historia política pero también de su descrédito. A pesar de ello, se insistía también en una cierta, aunque tibia, renovación. “Desde hace unos veinte años, observaba, y en el surco de una tradición ilustrada particularmente en el último siglo por Tocqueville, la historia política ha producido una verdadera mutación, una recuperación en relación con los sectores que la escuela de *Annales* había privilegiado por una legítima reacción contra un monopolio abusivo. Ella supo beneficiarse de las nuevas orientaciones y de los nuevos métodos experimentados en el estudio de los fenómenos económicos y sociales”.<sup>25</sup> Según el autor, la historia política había progresado al haber podido integrar, al mismo tiempo, su dependencia y su autonomía. Su dependencia, puesto que no podría pensarse la política separada de las otras formas de la vida social. El actor político, afirmaba, está inmerso en una realidad económica, social y mental del que no puede abstraerse y que condiciona su comportamiento. De este modo, la historia política “antes denunciada por su pretensión a la primacía, incluso su exclusivismo, acepta no ser más que una parte de la historia total pero a condición de ver que en ella se reconoce un lugar original y no secundario”.<sup>26</sup>

Esta renovación se hacía posible, por un lado, por un notable mejoramiento de los métodos y, sobre todo, la vinculación de la historia política con la historia cuantitativa. Por otro lado, la aplicación de nuevas técnicas no implicaba negar el acontecimiento –*bête noire* de la historia política tradicional; permitía, al contrario, integrarlo en la larga duración y en la interacción de factores conocidos con

<sup>22</sup> Jacques Julliard, “La política”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora, **Hacer la historia**, op. cit., p. 240.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 243.

<sup>24</sup> Jacques Julliard, op. cit., p. 243.

<sup>25</sup> Pierre Leveque, “Politique (Histoire)”, en André Burguière, **Dictionnaire des Sciences Historiques**, Paris, PUF, 1986, p. 519.

<sup>26</sup> Pierre Leveque, op. cit., p. 520.

una precisión mayor: “en la medida en que la parte del azar, de la psicología individual, de la casualidad lineal y unilateral ser reducían, el hecho podía devenir el objeto de una comprensión más científica”<sup>27</sup>.

La conclusión era pues, evidente: la renovación de la historia política se daba en el doble contexto de una transposición a sus investigaciones de las exigencias y métodos de la historia económica y social y los de la historia de las mentalidades. Para que esta renovación adquiriera una considerable fuerza, a tal punto de haber contribuido a producir un conjunto notable de obras desde mediados de los años '70 en adelante, fue necesario que se reuniera inadvertidamente un conjunto de intelectuales, filósofos, historiadores, etc. con un programa de investigación en parte difuso pero con una fuerte voluntad de intervenir en el debate público. Es el último eslabón que falta, entonces, para comprender el contexto en el cual se inscribe la enunciación de la idea de “obra virtual”.

### La renovación de la historia del pensamiento político

Entre los años de 1970 y 2000 un grupo de historiadores, filósofos, sociólogos produjeron una notable revitalización de la historia de las ideas políticas. Los más conocidos son Claude Lefort, François Furet, Pierre Rosanvallon, Pierre Manent, Marcel Gauchet, Bernard Manin y Lucien Jaume. Todos ellos desplegaron una importante actividad intelectual por lo menos en tres direcciones. En primer lugar, una discusión “metodológica” –cuyo principal producto sería la elaboración por parte de Rosanvallon de lo que él ha denominado “la historia conceptual de lo político”-; en segundo lugar, una interrogación sobre la democracia en el contexto signado por la reflexión sobre el totalitarismo y la excepcionalidad francesa y, en tercer lugar, una reconsideración de la historia de las ideas políticas, en especial de la tradición liberal del siglo XIX, desplegada en el surco abierto por el debate acerca de la interpretación de la Revolución francesa.

Por supuesto, la unidad del grupo fue construyéndose progresivamente. En los años 70, Furet se consagraba a la revisión de la historia de la Revolución francesa –*Pensar la Revolución Francesa*-, Lefort, al análisis del totalitarismo, Rosanvallon –en esa época un economista consejero de la CFDT (organización gremial no comunista y de origen católico) elaboraba una forma de superar las limitaciones del capitalismo y del socialismo real a través de la teoría de la Autogestión-, Gauchet, miembro de *Socialisme et Barbarie* –junto con Lefort y Castoriadis- iniciaba un monumental trabajo sobre la religión y publicaba un importantísimo artículo sobre Tocqueville –“Tocqueville, l’Amérique et nous”<sup>28</sup>-. Algunos lazos unían a algunos de quienes luego constituirían un grupo: Raymond Aron había dirigido la tesis de Lefort, éste la tesis de Gauchet y de Rosanvallon; por su parte, Pierre Manent trabajaba en el Collège de France con Raymond Aron. Esta rápida enumeración permite observar un aspecto que estimo esencial y que es la influencia de Aron.

Pero el momento decisivo fue la presidencia de l’EHESS por Furet y la creación, más adelante, del “Centro Raymond Aron” en donde se realizaron los seminarios que hicieron coincidir a dos generaciones. Allí, la prédica antitotalitaria y anticomunista hizo coincidir a intelectuales de horizontes diferentes como Aron, Lefort, Furet y Rosanvallon; en el redescubrimiento de Tocqueville confluyeron –volveré sobre ello- Furet, Lefort y Aron.<sup>29</sup> Nucleado, entonces, en torno de una institución, el grupo también encontró una vía de expresión, en especial en tres revistas –*Le Débat*, *Commentaire*, y *Esprit*- que, aunque de orientación diferente prestaron sus páginas. P. Nora,

<sup>27</sup> Ibid., p. 521.

<sup>28</sup> Este texto esencial de la lectura de Tocqueville puede encontrarse en Darío Roldán (ed.), **Lecturas de Tocqueville**, Madrid, Siglo XXI, 2006.

<sup>29</sup> He presentado las razones que condujeron a Aron, Lefort y Furet a interesarse por la obra de Tocqueville en **Lecturas de Tocqueville**, op. cit.



unido a Furet por lazos familiares dirigió *Le Débat* hasta que fue reemplazado por M. Gauchet. P. Manent, por su parte, fue siempre un miembro importante de *Commentaire*, dirigida por un discípulo de Aron, Jean-Claude Casanova. Es, entonces, desde mediados de 1970 que es posible encontrar los orígenes de la consolidación del grupo como tal.

El contexto intelectual se acompañaba también de un programa de reflexión que se fundaba en una relativa coincidencia en torno de los problemas acuciantes sobre los cuales ese programa debía estructurarse<sup>30</sup>: la percepción del límite del positivismo en ciencias sociales que condujo a una nueva generación a abandonar el marxismo y el positivismo, la crisis del totalitarismo y el agotamiento del marxismo.

A pesar de estos aspectos compartidos, sería un error no prestar atención a algunas diferencias considerables. Así, por ejemplo, aquellos que buscaban una reconstrucción intelectual de la izquierda –el papel de Rosanvallon en la irrupción de la *deuxième gauche* es, por ejemplo, central- y otros más cercanos al universo liberal como Manent en quien la influencia de Aron y Strauss es significativa. Estas diferencias pudieron ser contenidas un tiempo pero la suspensión de la edición de una revista –*La Pensée Politique*, editada conjuntamente por Rosanvallon, Gauchet y Manent- y la reciente edición de un texto crítico de las posiciones de Gauchet y Manent en una colección dirigida por Rosanvallon, indican que –a pesar de coincidir físicamente en una misma institución-, el grupo como tal ha dejado de existir.

A pesar de que sus miembros se desvincularon progresivamente (en este punto, la temprana muerte de Furet quizás haya jugado un rol capital), la obra que han dejado es monumental y la reorientación de los estudios sobre la política y las ideas políticas que han tenido lugar en los últimos treinta años en Francia –pero también en Estados Unidos donde Furet (Chicago), Rosanvallon (Chicago y el MIT), Manin y Manent en NYU enseñan regularmente desde hace varios años- debe mucho a su prédica. Es cierto, no obstante que el fenómeno ha incluido a otros intelectuales. En este sentido, por ejemplo, Jean-François Sirinelli, profesor en Sciences-Po (otra prestigiosa institución francesa) ha propuesto las bases de lo que denomina una “historia cultural de lo político”. Por otro lado, y en el marco de la revitalización más general de la historia política, Michel Winnock se hizo eco de la necesidad de renovar un campo demasiado frecuentado por las monografías de una obra, el estudio de una corriente o el de un tema a través de la renovación de los corpus, de la incorporación de obras periodísticas o literarias y de la incorporación de la noción de mentalidades.

Es imposible en el espacio disponible presentar ni siquiera un comentario general de una obra tan vasta, rica y compleja de un trabajo, por otro lado, en elaboración. En lo que sigue, me concentraré en algunos de los trabajos consagrados a la revitalización de las ideas políticas del siglo XIX. Es, además, en esa exploración sobre el siglo XIX que Rosanvallon se concentró en la obra de Guizot que dio lugar al célebre *Le Moment Guizot*, enunciando la noción de “obra virtual”.

El “redescubrimiento del siglo XIX” se acompañó de un cambio de perspectiva en la manera de abordar el estudio de la Revolución francesa. Ya no se trataba sólo de comprender la relación compleja entre continuidad y ruptura revolucionaria o el misterio de la ilusión de desgajarse voluntariamente el pasado; tampoco se trata de comprender la eficacia de una maquinaria de acción política, tal como la habían construido los jacobinos, cuyo secreto Furet había creído descubrir en la obra de Cochin y luego también en Michelet; tampoco, en fin, se trata de comprender el jacobinismo o el Terror tal como él había ocurrido durante el verano de 1793. Se trata más bien de pensar la problemática del vínculo entre 1789 y 1793, como parte de una reflexión más general sobre el Terror; en realidad, sobre el despotismo revolucionario. Dicho de otro modo, uno de los temas esenciales que vertebran la discusión intelectual se cierne en torno de la potencialidad liberticida de la revolución y de los efectos que ello había producido en la formación de la cultura

<sup>30</sup> Pierre Rosanvallon ha dejado un testimonio de este aspecto en “Le Politique”, en *Une école pour les sciences sociales*, Paris, EHESS, 1996.

política francesa. *Le Moment Guizot*, como veremos enseguida, se inscribe plenamente en esa interrogación.

El retorno al siglo XIX no se agota, sin embargo, en esta exploración que ofrece Furet. Otros miembros del grupo –como se indicó- también lo harán. Es el caso, por ejemplo, de Rosanvallon y su *Le Moment Guizot* o, desde otra perspectiva, los estudios que Gauchet consagró a los historiadores de la Restauración, en particular a Thierry (a propósito de la idea de la Nación), a Barante y la cuestión de la narración, a Mignet y a Guizot para explorar la conceptualización revolucionaria y a Guizot finalmente, en relación con la utilización del concepto de Civilización que también dio lugar a un importante artículo de Pierre Manent comparando el uso de la dupla Arte-Civilización en Guizot y Aristocracia y Democracia en Tocqueville.<sup>31</sup> Todos ellos, en fin, interesan a Gauchet en la medida en que, es en esas décadas de 1820 y 1830 cuando se constituyen en artífices de una síntesis entre el *récit* y el *systeme*, entre la erudición y la filosofía, que hizo posible abrir el campo a una nueva historia.

El interés de Rosanvallon por Guizot es de otra naturaleza. Inscrito en una preocupación que insiste en hacer de la tensión entre el liberalismo y la democracia una tensión estructurante de la política francesa, Guizot ofrece, cronológicamente antes de la opción democrática liberal (que se instalará luego de 1848) una opción liberal no democrática. El propósito de Rosanvallon es así el de analizar el modo en que los doctrinarios elaboran una respuesta al imperativo de terminar la revolución, construir un gobierno estable y fundar ese régimen en la idea de la Razón. Luego de los ideólogos y del fracaso termidoriano de integrar el momento democrático y liberal y antes del momento democrático post-1848, los doctrinarios ofrecen una de las primeras realizaciones políticas que vertebran el siglo XIX y que luego infiltrarán la estabilización republicana. En su intento de pensar la política contra el voluntarismo contractual de Rousseau y la utopía del mercado, Guizot construye una teoría que no sólo se inspira de la soberanía de la Razón –argumento a la vez contra el contrato y contra la libertad individual- sino que construye una noción inédita de poder social que exige una reelaboración de la noción de representación. Estamos aquí, en el desarrollo que Guizot ofrece de ella, en el centro del interés de Rosanvallon, en la medida en que Guizot insiste sobre en que la representación debe comprenderse como un proceso dinámico de deliberación y publicidad –un “operador social dinámico” permanente y nunca completado, idea inspiradora para pensar la cuestión de la representación moderna.

## Guizot y la obra virtual

*“No se podrían distinguir en la obra de Guizot los escritos políticos de circunstancia, cuyo alcance sería reducido a la dimensión de los acontecimientos que le dan nacimiento, de los grandes libros de historia. Ellos obedecen todos, de manera diferente, a una misma voluntad de intervención práctica. De allí la necesidad en la que nos encontramos de reunir todos sus escritos dispersos y de conjugarlos con los datos de su acción para componer la “obra virtual” a la que todos ellos reenvían”.*<sup>32</sup>

Reunir los escritos dispersos y conjugarlos con la acción constituye el punto nodal de la idea de “obra virtual”. La “obra virtual” se deslinda de una concepción en la cual la vida del autor se constituye por una sucesión discontinua de acontecimientos que adquieren unidad en el sujeto o en la mente de los testigos, o de un conjunto discontinuo de eventos cuya unidad sólo puede ser reconstruida a partir de la fragmentación o el desdoblamiento.

<sup>31</sup> Existe una versión en español de ese importante artículo en Darío Roldán (ed.), *Lecturas de Tocqueville*, op. cit.

<sup>32</sup> Pierre Rosanvallon, *Le Moment Guizot*, op. cit., p. 31. El subrayado en “obra virtual” es de Rosavallon.

La noción de obra no remite sólo a los textos producidos, en este caso por Guizot, sino también al intento de examinar indisociablemente tanto su obra pública como sus escritos políticos. Las biografías clásicas de los hombres políticos del siglo XIX, que también se ocuparon de la política (y es de destacar que fue el caso de un gran número de personajes), separaron, aunque fuera para “decir” que había una unidad entre ambas, la figura del hombre de acción y la del hombre de gabinete. Este aspecto, en el que las figuras aparecían separadas pero en las que los biógrafos percibían claramente que alguna unidad debía reunirlos como formas indistinguibles constituyó siempre un problema para el ensayo biográfico y en muchos casos concluyó en el sacrificio de uno sobre otro o una incómoda simbiosis. Siempre estuvo presente la exigencia de asociar la vida con la obra pero también la de comprender la obra independientemente de las particularidades de la vida privada. Como observa P. Gueniffey, la “filosofía de Rousseau debe entenderse con independencia de su vida y su paranoia, así como el pensamiento de Nietzsche, de su locura”.<sup>33</sup>

La propuesta de proceder a una férrea asociación entre la obra y la vida pública a la que alude la noción de “obra virtual” intenta resolver aquél problema; pero también es cierto que, al mismo tiempo, discrepa de la otra forma de la disociación que aqueja a las biografías: la que distingue entre la vida privada y la vida pública de los protagonistas. Si *Le Moment Guizot* resuelve aquella cuestión, lo hace de un modo un tanto brutal puesto que en lugar de asociar las formas de la vida privada con la obra, funde la acción y la reflexión (es decir, dos aspectos centrales de la vida pública) de un modo completamente disociados de los aspectos privados. Ni en el cuerpo del texto, ni en la semblanza rápida que figura en el anexo, se considera ningún aspecto privado de la vida de Guizot. Podría decirse que la “obra virtual” recorta, desde el principio, una dimensión —la pública— operando una ablación completa de la dimensión privada. La indistinción que Rosanvallon propone no se hace, no obstante, sin sacrificios. A lo largo de todo el texto, encontramos referencias a la obra de Guizot y menos a la acción. Sin embargo, ella aparece en filigrana en lo que llamaríamos la reflexión, incomprendible sin el reconocimiento de los imperativos de la acción política. Pero, nuevamente, no es el detalle de la acción política lo que constituye el núcleo de la preocupación de Rosanvallon, sino la reconstrucción de un “desafío” político y conceptual. Rosanvallon se propuso desentrañar el sentido general del desafío político que Guizot debió enfrentar en su acción política, unido de un conjunto de nociones antes que el conjunto de dificultades de orden “político”.

Antes de avanzar en este punto, es preciso analizar algunos aspectos esenciales del esquema del libro. Rosanvallon no renuncia a los datos biográficos. No obstante, él mismo insiste en que es posible desentenderse de esa información biográfica en la medida en que ella está ya en los libros clásicos de Pouthas o de D. Johnson.<sup>34</sup> A pesar de ello, un anexo incluye una biografía depurada de Guizot como si aún en el caso explícito de abandonar toda fórmula clásica del análisis biográfico fuese imposible desentenderse de los datos elementales que hacen a la vida de aquél a cuya “obra virtual” se ha consagrado un extenso estudio. Esta biografía, entonces, es, por así decir, minimalista aunque está estructurada bajo la forma de un curriculum de cargos y obligaciones que Guizot desempeñó a lo largo de su extendida vida. Su esquema es el de un recordatorio de aspectos conocidos sin que en ellos deba hallarse nada que ilumine lo que ya se ha expuesto en el cuerpo del texto. Del mismo modo, este recordatorio está acompañado por otro anexo que recoge el destino editorial de la obra de Guizot y de algunos doctrinarios importantes, como Rémusat, Barante o aún otros publicistas de la época como Constant o aún Ballanche. La información clásica sobre Guizot no ilumina ningún capítulo del libro pero su presencia se convirtió en insoslayable.

Esta rápida enunciación de aspectos biográficos contrasta con una precisión en la presentación comentada de los principales textos de Guizot. La diferencia entre este tratamiento y el interés biográfico se explica sencillamente: si bien la biografía de Guizot es conocida, su obra, aunque de

<sup>33</sup> Patrice Gueniffey, “La biografía y la renovación de la historia política”, en **La fuerza y el Derecho**, México, Centro de Estudios Históricos. El Colegio de México, 2004, p. 85.

<sup>34</sup> Charles Pouthas, **Guizot pendant la Restauration, préparation de l’homme d’Etat**, Paris, 1923; **Le Jeunesse de Guizot (1787-1814)**, Paris, 1936, etc. ; Douglas W. J. Johnson, **Guizot. Aspects of French History (1787-1874)**, London, Routledge & K. Paul, 1963.

gran importancia en el momento de su publicación en el siglo XIX, fue súbitamente dejada de leer – tal como ocurrió con otros publicistas del siglo XIX, como se ha recordado- y parecía imposible no presentar con cierto detalle el encadenamiento, esta vez sí cronológico, de un conjunto de textos, intervenciones parlamentarias, artículos, etc. que, a lo largo del libro, fueron utilizados sin que en ningún momento se hiciera ni un comentario detallado de los argumentos inscriptos en cada uno de ellos y sin que se los presentara en el orden en que fueron publicados. Parecía imprescindible restituirlos a su entorno cronológico y a la cadena de la que formaron parte puesto que parte del esfuerzo por construir la “obra virtual” había consistido en “desarmar” los textos para reintegrarlos en una argumentación distinta de aquella de la cual provienen y en relación con objetos que no son necesariamente aquellos que ordenaron, en su momento, la publicación o redacción de los textos.

El contraste entre ambos anexos permite una última observación. Datos biográficos y presentación de las obras por separado constituyen un homenaje a la forma tradicional de las biografías de los pensadores en las que “la vida” y “la obra” de los autores se encontraban separadas. La decisión de ubicar en anexo esta información revela bien la radical insuficiencia que le es atribuida para pensar la contribución de Guizot a la política y al pensamiento político del siglo XIX y hace evidente que ni una ni otra constituyen el centro de interés puesto que ninguna de las dos, aún en sus mayores desarrollos, podría contestar las preguntas que ellas mismas contestan reconstruidas en otro universo conceptual y de sentido. Se despeja, así, el terreno para que la “obra virtual” pueda ser construida al margen de las exigencias más “empíricas” que supone cualquier abordaje biográfico. Este último aspecto permite comprender también un aspecto esencial de la estructura del libro.

En efecto, el libro no comienza ni con una descripción biográfica, ni con la descripción del contexto político en el que Guizot debía actuar. Antes que preocuparse por la coyuntura definida por la derrota de Napoleón y el inicio de la Restauración como contexto general de la iniciación de la vida política de Guizot, Rosanvallon comienza por centrar a su personaje en la definición de un “momento”. Ahora bien, ese momento es político pero es, sobre todo, “conceptual”<sup>35</sup> y es definido por un triple movimiento: el retorno al siglo XIX, el desafío de terminar la revolución y el intento de definir, por primera vez, sus principales rasgos.

Ya he explorado algunos aspectos básicos del retorno al siglo XIX que inspiró al grupo en el que Rosanvallon desenvolvía su obra en la década de 1980. Si bien su texto se inscribe en él, es preciso agregar tres consideraciones: en primer lugar, ese retorno está inspirado en la constatación del abandono general del período 1814-1848, como si entre la Ilustración y la revolución de 1848 sólo se hubiera asistido a una suerte de período muerto en el que la Restauración y la Monarquía de Julio no hubieran aportado nada nuevo hasta la aurora de la interrupción de 1848, fecha esencial en la historia de la democracia en Francia. Al contrario, Rosanvallon busca mostrar –valiéndose de la reconstrucción de la “obra virtual” de Guizot<sup>36</sup>- que los autores doctrinarios son los “iniciadores originales de una reflexión sobre la política moderna ubicada en una experiencia mayor: la de la historia de Francia de 1789 a 1814”.<sup>37</sup> El objetivo, entonces, consiste en recuperar esta obra con la finalidad de interponerla entre los supuestos “precursores” de la Ilustración y la irrupción de 1848. La hipótesis que se sostiene es que las ideas “liberales y democráticas modernas no se despliegan de forma lineal, y que tampoco se expresan de acuerdo con fases de un movimiento socio-económico que les conferiría su sentido verdadero y último”.<sup>38</sup> De este modo, el primer eslabón para comprender el imperativo de construir una “obra virtual” consiste en desentrañar un “nudo

<sup>35</sup> Sin duda, este es un punto en el que puede observarse una cierta sintonía entre **Le Moment Guizot** y la noción de historia conceptual de lo político que Rosanvallon desarrollará más tarde.

<sup>36</sup> Este es un aspecto central sobre el que volveré más adelante. Quisiera adelantar, por ahora, que ésta es una de las dimensiones específicamente “políticas” de la “obra virtual” a reconstruir.

<sup>37</sup> Pierre Rosanvallon, **Le Moment Guizot**, op. cit., p. 13.

<sup>38</sup> Rosanvallon, P. **Le Moment Guizot**, op. cit., p. 13.

conceptual”<sup>39</sup> esencial, en el seno del cual “habla” esa “obra virtual”, que es el de la relación entre el liberalismo y la democracia. La originalidad de esa “obra virtual” es la de ubicarse en el centro de una exploración que tuvo como objetivo autoatribuido evitar que el despliegue de la potencialidad democrática post-revolucionaria se inscribiera en contra de las libertades que ella misma había establecido. En palabras más contundentes: “evitar que el ciudadano pueda nuevamente disociarse del individuo hasta disolverlo”.<sup>40</sup>

La convicción que expuso el grupo doctrinario acerca del carácter indispensable de terminar la revolución a través del diseño e implementación de un gobierno representativo fue el segundo de los elementos que componen el contexto que busca desentrañar la idea de “obra virtual”. Sin embargo, a este aspecto bastante conocido, se agrega también la convicción de la necesidad de pensar la política fuera del dominio de las pasiones para hacerla entrar en la era de la razón, sustituyendo la voluntad por las regularidades de un orden científico. Conferir científicidad o, al menos, racionalidad a la acción política constituyó así otro aspecto esencial del movimiento doctrinario pues su impronta descubre sus raíces en los “idéologues” y sus continuidades en la política de la III República, en especial, en la centralidad que ella le confirió a la escuela pública. Se teje así un hilo conductor que une las primeras contribuciones de Cabanis, Destutt de Tracy hasta Jules Ferry y que también contribuye a debilitar la noción de ruptura de la inteligibilidad con que se había considerado la revolución de 1848.

Finalmente, entonces, el momento Guizot. Tres aspectos permiten comprenderlo rápidamente. En primer lugar, la necesidad de situarse en el legado revolucionario aceptando los resultados producidos pero impugnando los principios que inspiraron la ruptura revolucionaria; en segundo lugar, la voluntad de construir una “cultura política de gobierno” inspirada en una política liberal y, por supuesto, en un conjunto de principios con los cuales a la vez fundar el gobierno representativo, aceptar la sociedad igualitaria y rechazar la soberanía popular. Por último, definir el momento Guizot exigió, además, una consideración acerca del lugar que la biografía iba a ocupar en la economía general del libro. Guizot es presentado como un “conductor privilegiado” para comprender la cultura política francesa de la primera mitad del siglo XIX. Rosanvallon descubre en él, con razón, una especie de eslabón perdido para comprender la cultura política francesa expuesta a procesar el legado “democrático” inscripto en el proceso revolucionario. “Es la obra de Guizot, afirma, al mismo tiempo reflexión política e histórica y experiencia gubernamental, sobre la cual es preciso concentrar nuestra atención”.<sup>41</sup>

De este modo, Rosanvallon construye la pertinencia de la noción de “obra virtual” para, al mismo tiempo, recuperar una figura esencial del siglo XIX (Guizot, pero también los doctrinarios) y plantear a través de ella un conjunto de problemas que definen tanto el universo político que separa la Restauración de la III República como el desafío intelectual esencial del siglo XIX que fue pensar los vínculos entre el liberalismos y la democracia. Así, la “obra virtual” recupera un personaje pero lo funde en un desafío político –*construir* un gobierno representativo- y en un imperativo conceptual –*pensar* las condiciones de un gobierno representativo. Este trípode entre biografía, desafío político e imperativo conceptual delimita, en primera instancia, la idea de “obra virtual”. Haciéndolo, se habrá notado ya, Rosanvallon postula una consideración centrada en un personaje alejada de cualquier forma de la biografía tradicional incluida la idea de que Guizot pueda ser “representativo” de esta exigencia. Esta última afirmación se comprende mejor al examinar el modo en que Rosanvallon expone el resultado de su investigación y que le da cuerpo a la idea de “obra virtual”.

<sup>39</sup> Aprovecho esta noción que Rosanvallon avanzará un poco más adelante (cfr. Pierre Rosanvallon, **Pour une histoire conceptuelle du politique**, op. cit) pero que, siendo conocida, permite ser más preciso conceptualmente.

<sup>40</sup> Pierre Rosanvallon, **Le Moment Guizot**, op. cit., p. 14.

<sup>41</sup> Pierre Rosanvallon, **Le Moment Guizot**, op. cit., p. 30.

La primera de las características que presenta la arquitectura del libro es una dislocación cronológica.<sup>42</sup> No se trata, no obstante, de una inadvertencia sino de una conclusión lógica del punto de partida. La imbricación entre la reflexión escrita y la acción política en un contexto determinado, pensado en una duración que excede los “acontecimientos”, ofrecen el marco adecuado para poder pasar, en la construcción de los argumentos y las “pruebas”, de un momento a otro, sin que sea imprescindible recontextualizar textos producidos manifiestamente en momentos distintos. Podrían utilizarse muchos ejemplos. Sólo para citar uno basta con analizar las citas de un capítulo esencial (“El orden de la razón”). En él, se presenta una de las novedades más importantes de la reflexión doctrinaria: la teoría de la soberanía de la razón. Como se sabe, Guizot trabajó en ella sobre todo en los años '20. El capítulo cita trabajos de ese período pero, cuando las circunstancias lo aconsejan, ya sea para clarificar un argumento, para insistir en la perdurabilidad de un aspecto, etc., el texto recurre a citas que no reconocen una misma procedencia, mezclando discursos parlamentarios con artículos en la prensa, o párrafos de libros con extractos de manuscritos nunca publicados. Lo mismo ocurre con la cronología: el texto de Rosanvallon no encuentra que la diversidad temporal de los textos exija tratarlos separadamente. De este modo, coexisten textos de 1829, con otros de 1837 con otros de 1842. Esta descripción no busca objetar el método utilizado por Rosanvallon; al contrario, tiene como propósito señalar un recurso perfectamente apropiado al objetivo perseguido pero que sólo puede ser utilizado en el marco de la reconstrucción de la “obra virtual”. Es sólo porque Rosanvallon ha decidido privilegiar la construcción argumentativa por sobre la progresividad cronológica, o sea, la coherencia lógica por sobre las variaciones contextuales o las ambigüedades personales de la reflexión que puede, sin violentar los textos ni su “espíritu”, proceder a esta dislocación cronológica.<sup>43</sup>

Esta dislocación se presenta en otro aspecto relevante del libro. En efecto, más allá de una ruptura que divide el libro entre la construcción del argumento y el legado doctrinarios, tanto la primera parte como la segunda están organizadas de un modo totalmente independiente de la cronología. Así, como se sugirió, Rosanvallon construye el argumento doctrinario fundado en su propia perspectiva lógica y tratando de reconstruir una sucesión temática y organizativa que pertenece más al autor que a Guizot. Ya hemos abundado en la importancia que el contexto político y el diagnóstico político tuvo en el conjunto de intelectuales del que Rosanvallon formaba parte y hasta qué punto su indagación es tributaria de la decisión de reflexionar históricamente para intervenir políticamente.

Contentémonos ahora con ilustrar este punto con la sucesión temática de la primera parte. La argumentación comienza con el vínculo entre el poder y la sociedad para señalar la prevalencia de lo social por sobre lo político (“el poder no hace la sociedad, la encuentra”, es la frase célebre de Guizot) para luego analizar las condiciones de reemplazo de la soberanía popular por la soberanía de la razón, única forma de superar el riesgo de la disolución social que, para Guizot, conlleva la soberanía popular. Este reemplazo, no obstante, exige que la propuesta de soberanía de la razón sea articulada en una teoría de la ciudadanía, que es el tema central del capítulo siguiente. Este esquema, en el que la sociedad “precede” al poder y en el que es preciso construir una justificación teórica que al mismo tiempo muestre las debilidades de la soberanía popular y la fortaleza de la soberanía de la razón para luego construir una teoría de la ciudadanía, da cuenta perfectamente de la reflexión política de Guizot y de los distintos contextos mencionados en los que ella se inscribe y en el que Guizot despliega su acción política. Siendo inobjetable desde este punto de vista, no obstante, se trata de una forma de organización y presentación de los argumentos que no se encuentran, por así decir, ni ordenados ni presentados de este modo en la obra, por otro lado, dispersa, de Guizot. La

<sup>42</sup> Dejemos de lado el análisis de la estructura profunda de la organización de su contenido pues llevaría más espacio del que se dispone.

<sup>43</sup> Como puede advertirse, este es un punto esencial que también será incorporado a la noción de “historia conceptual de lo político”.

“obra virtual” también se funda en la impronta organizativa y clasificadora de quien se encomendó la tarea de su construcción.

A esta dislocación en la cronología se suma una desjerarquización de las fuentes. Este aspecto es, probablemente, el que más une a Rosanvallon con la escuela de Cambridge. Rosanvallon aborda esta cuestión en un capítulo del libro cuya centralidad deriva más de las consideraciones metodológicas pero que se inscribe, al mismo tiempo, en un debate acerca de cómo comprender la obra de Guizot y los doctrinarios y del liberalismo más en general. “Era preciso, hasta ahora – afirma- hacer como si existiera un pensamiento político de Guizot claramente inscripto en una obra que hemos recorrido en todos los sentidos. Pero hemos llegado a un punto en el que la productividad de esta facilidad metodológica se agota”.<sup>44</sup> El agotamiento de esta exploración se inscribe en la necesidad ya comentada de asociar los intelectuales con los hombres de acción y superar los “límites estrechos de la historia de las ideas”, y de tratar la relación de su teoría y de su práctica. Rosanvallon sugiere entonces dos caminos alternativos aunque complementarios. En primer lugar, considerar una obra situada en un “campo problemático” y rechazar la separación entre el mundo y la representación que se hace de él. Es aquí que Rosanvallon reivindica las contribuciones de Skinner de quien recupera el imperativo de no distinguir entre grandes textos que deben ser leídos como teóricos y textos menos conocidos que serían más inmediatos con la práctica. En esta indistinción entre grandes y pequeños textos se encuentra una de las primeras formas de la asociación entre teoría y práctica pero, sobre todo, la imperiosa necesidad de desjerarquizar las fuentes sobre las que se funda el trabajo. *Le Moment Guizot* es sólo parcialmente fiel a esta desjerarquización. Si bien no se funda sólo en los grandes textos de Guizot e incluye referencias a todo tipo de textos, e indiscriminadamente a todos los textos del universo “doctrinario” cualquiera fuese su origen, el libro no considera, por ejemplo, el gran universo de panfletos de la época. Es imprescindible, no obstante, señalar que aquí reside un problema de fondo que separa las visiones de Rosanvallon y de Skinner: el universo del siglo XVI y de los orígenes del mundo moderno exige una compulsa mucho más variada en la medida en que esa exploración requiere proceder a la “familiarización” del investigador no sólo con la época sino, sobre todo, con el lenguaje y con todos los problemas de “traductibilidad” que ello impone.<sup>45</sup> Ese no es, aunque sea en términos generales, el problema que enfrenta Rosanvallon con el siglo XIX. Su exploración no requiere reconstruir un universo de lenguaje que habría quedado en desuso o cuya comprensión pudiera plantear problemas específicos y que exigiera un recorrido vertical por diferentes textos para tratar de aprehender el significado de los términos.

La dislocación cronológica y la desjerarquización de las fuentes se complementan con la virtualidad de una reflexión cuyas preguntas son al mismo tiempo internas y, por lo tanto, relacionadas con el contexto pero también externas y fuertemente ligadas con el contexto del investigador. “Si la primera mitad del siglo XIX reviste para nosotros un interés particular, es también por una segunda razón que se relaciona con el contexto en el que releemos los autores de este período. Nos encontramos frente a la prueba de los límites del modelo democrático que se puso progresivamente en marcha para tratar política, económica y socialmente las relaciones entre las clases”.<sup>46</sup> En efecto, prosigue Rosanvallon, la crisis del Estado de Bienestar, el agotamiento del modelo social demócrata, la baja de eficacia de las políticas keynesianas, etc. constituyen lo esencial de un desafío de conjunto que define el contexto de los años ’80. Es a partir, entonces, de este contexto que la interrogación “desnuda” de quienes comenzaron a interrogarse por las nociones de democracia y de ciudadanía se revela como esencial. Más allá del conjunto de argumentos que

<sup>44</sup> Pierre Rosanvallon, *Le Moment Guizot*, op. cit., p. 6

<sup>45</sup> Sobre estas conocidas cuestiones, me permito remitir al lector a Quentin Skinner, *Visions of Politics*, op. cit. Para las diferencias entre Skinner y Rosanvallon, cfr., Jeremy Jennings, “Pierre Rosanvallon and a conceptual history of the political: or how to study the history of political ideas in contemporary France”, Paper for Workshop 2, The History of Political Concepts, ECPR Joint Sessions, Copenhagen, 14-19 April, 2000. Agradezco a J. Jennings haberme comunicado el manuscrito de este trabajo.

<sup>46</sup> Pierre Rosanvallon, *Le Moment Guizot*, op. cit., p. 374.

Rosanvallon presenta –y que no podemos discutir aquí- importa subrayar esta coexistencia entre el “descubrimiento” o la “postulación” de un nudo problemático en torno de la primera mitad del siglo XIX cuya importancia se deriva de constituir un momento esencial entre la Ilustración y la Revolución de 1848 (como ya se ha dicho) y de haber sido constituido como un período relevante en relación con el contexto del autor. De este modo, la “obra virtual” se despoja de su contenido exclusivamente “histórico” para informar, a partir de las preguntas que busca responder, una vía de entrada indisociablemente histórica y política. La “obra virtual” que Rosanvallon reconstruye se convierte, así, para los lectores atentos, en una puerta de entrada a la política francesa de fines del siglo XX. De este modo, la descomposición cronológica y la forzosa reconstrucción de la obra para dar cuenta al mismo tiempo de la unidad entre la acción y la reflexión junto con los imperativos de revisar el pasado para nutrir mejor una reflexión sobre el presente fuerza a despojar a las fuentes de las mutaciones, ambigüedades y evoluciones que las caracterizaron en su momento en beneficio de una coherencia que no se deriva de ellas mismas sino de los interrogantes a los que son sometidos por parte del investigador. La “obra virtual” permite una comprensión profunda de un problema político y de un nudo conceptual pero al precio de una deshistorización considerable. Esta deshistorización, no obstante, es la que permite repensar conceptualmente la historia política del período y constituye, paradójicamente, una de sus mayores contribuciones.

La “obra virtual”, entonces, plantea de otro modo el problema de rearticular la coherencia de una obra vasta; lo hace en función de la presencia de un interrogante cuya justificación es externa a la obra. Para evitar el riesgo de anacronismo, entonces, ella exige un doble esfuerzo: por un lado, la reconstrucción plausible de la obra; por el otro, su resignificación contemporánea. Se comprende mejor, entonces, las razones por las que la “obra virtual” no es una biografía en sentido estricto aunque su centro es una persona: no lo es porque no se ordena sobre el modo biológico, porque no incluye ninguna dimensión “personal”, ningún justo por lo singular, y porque tampoco se sostiene sobre la idea de que el personaje en cuestión “encarna” un momento en la medida en que la eventual representatividad trasciende al personaje.

## **Reflexión final**

La noción de “obra virtual” no tuvo un gran destino. De hecho, no conozco ningún otro texto que la haya recuperado. El propio Rosanvallon no volvió a utilizarla y prefirió continuar su reflexión metodológica y epistemológica hacia lo que se constituyó como la historia conceptual de lo político. Es probable que ello se deba a que el encuentro entre un personaje, un autor, un interrogante contemporáneo y un período clave pero descuidado no pueda repetirse muy a menudo. No obstante, estimo que la noción de “obra virtual” merece ser explorada para otros contextos en los que probablemente revele su potencialidad como un estímulo para superar algunas de las dificultades más considerables que presenta lo que podríamos llamar una suerte de trampa en los trabajos que, en relación con la historia del pensamiento político, deben necesariamente partir de una biografía o, al menos, de la obra de un autor. En este sentido, la necesidad de responder a un desafío político y, al mismo tiempo a un imperativo conceptual que, como vimos, construye un trípode entre biografía, desafío político e imperativo conceptual me parece especialmente productivo. En segundo lugar, la posibilidad de privilegiar la construcción argumentativa por sobre la progresividad cronológica, o sea, proceder a una suerte de dislocación cronológica “controlada” puede responder a muchas de las dificultades en las que han encallado muchas biografías, excesivamente atadas a la noción según la cual la secuencia cronológica confiere siempre más sentido que las exigencias de la coherencia lógica. Por último, la noción de “obra virtual” permite explicitar un aspecto siempre presente en los trabajos sobre historia del pensamiento político, se basen en personajes o no, que es la voluntad de reflexionar indisociablemente sobre el pasado y sobre el presente.